DE LIBROS Tema de la semana

Balada del domingo por la tarde

Ignacio Peyró recopila en 'Qué hacemos con los domingos por la tarde' (Libros del Asteroide) una selección de artículos sobre el paso del tiempo

JAVIER GONZÁLEZ-COTTA



El escritor Ignacio Peyró (Madrid, 1980).

D. S.

De Ignacio Peyró (Madrid, 1980), autor también de *Comimos y bebimos. Notas de cocina y vida*, se diría que podría ser el autor de cierta frase apócrifa relacionada con la picaresca del condumio y el amor fallido ("Como no hay mujer que rechace una croqueta, cambié la coquetería por la croquetería con el mismo empeño: fracasar"). Pero quizá, salvando la Falange por un conservadurismo autoparódico, mejor le vendría esta otra frase de Agustín de Foxá ("En mis años mozos me adherí a la trilogía falangista de patria, pan y justicia. Ahora, instalado en mi madurez, proclamo otra: café, copa y puro").

Qué hacemos con los domingos por la tarde incluye algún que otro guiño al buen yantar y, sobre todo, a la libación interior de los caldos en hora preferente del aperitivo. De ahí que "Un bar a tiempo" sea uno de los capítulos, junto a otros siete, que ordenan esta cata de artículos. Casi todos ellos aparecieron en *El País*, en los que el asunto y el trasunto principal no es otro que el soniquete mudo pero ya conocido: el paso del tiempo. Dícese, en especial, del tiempo que acontece cuando uno transita por las tierras medias de la vida y se halla en la llanura de la mediana edad. Es el caso de Peyró, para quien pasar la cuarentena de la existencia es aceptar con deportividad que ni hay truco ni hay trato. Los anhelos reposan. Se establece un pacto entre lo perdido y lo ganado. Y uno empieza a comprender, sin solivianto, que es de enfermos incurables el creer que se está curado de espantos. La vida sigue. Y eso es todo, amigos.



Dice con razón Daniel Gascón que este es un libro sobre el paso del tiempo a partir de los cuarenta años, pero que la paradoja es que el lector sospecha que es la edad que Peyró siempre quiso tener. Es esa edad en la que los amigos, según leemos, se separan entre "superpapis" y "divorciados", sin que falte el que en Facebook va dando cuenta de cómo se prepara para el reto de una media maratón. Que hable Peyró de Facebook, la red social de capa caída, demuestra que la suya es como una melancólica divagación sobre las cosas que están como pasadas de moda de un modo amable y no cruento (su defensa del latín es una de ellas). De ahí, por otra parte, la gracia y el humor destilado de sus artículos. Melancolía y hedonismo. Ironía y autoparodia. Humorismo y compasión. Equidistancia y compromiso por libre.

Muchos de estos artículos ya los leímos algunos con sumo placer en su día y cuando tocaba, bajo la promesa de un domingo diáfano y matinal. Pero a todo domingo –y de ahí el título del libro– le llega su segunda parte, con esa tarde que cae como un viejo abrigo loden que nos echaran sobre los hombros, mientras suena por la radio que ha habido un gol del Eibar, mientras la lluvia cae monótona y machadiana tras los cristales o cuando el regreso a casa nos pilla en el no lugar de un aeropuerto convertidos en cobayas de Ryanair. Confiesa el también autor de *Ya sentarás cabeza. Cuando fuimos periodistas* y de la biografía sobre Julio Iglesias *El español que enamoró al mundo* (todos ellos publicados por Libros del Asteroide), que le agrada la epifanía universal de estos domingos por la tarde. Son incluso su momento favorito de la semana por lo que tienen de abrigo de silencio y de placentero recogimiento, lo que es aceptar la certidumbre de que uno se va haciendo adulto mientras un reloj de abuelo va dando las horas.

En uno de sus artículos, Peyró nos habla de la figura del hermano pequeño, como ha sido su caso. Habla de lo que su existencia tiene de propina cuando la vida entre padres y hermanos mayores se dio por negociada y el último al llegar ha de aceptar, entre otros consensos, que heredará la ropa de los mayores y no verá atuendo propio hasta que la conjunción de los astros lo permita. En su defensa del café, entre otros mundanos placeres, nos acordamos de la cita de su admirado Josep Pla, con quien se le compara en estilo y maneras de concebir la vida cotidiana ("El hombre, además de hijo de sus obras, es también un poco hijo del café de su tiempo").

Tener cuarenta años en adelante no da un sello propio, lo que sería pretencioso y seguro que ridículo. La dignidad y el patetismo no siempre delimitan sus contornos cuando se cruzan

Tener cuarenta años en adelante no da un sello propio, lo que sería pretencioso y ridículo

las tierras medias. Es esa capa de la edad en la que uno empieza a combinar el festival indie del Sonorama con la escucha del canto gregoriano o las otoñales notas de piano en la maravillosa composición de la *Metamorphosis* de Philip Glass.

De entre los influjos de Ignacio Peyró, actual director del Instituto Cervantes de Roma (varios artículos no escapan a la italianidad de la vida), se hallan los ya apuntados por quienes han leído su obra en corto en los medios. Julio Camba, el citado Pla, Álvaro Cunqueiro, Chesterton, Valentí Puig o Evelyn Waugh son algunos de sus referentes, allí donde aflora el humorismo natural y una manera de ser conservador que nada tiene que ver con esa pamplina de hoy que comparara el conservadurismo con el nuevo punk.

► **Qué hacemos con los domingos por la tarde. Apuntes de la vida adulta.** Ignacio Peyró. Libros del Asteroide. 176 páginas. 18,95 euros